Daniel Viglietti

Guitarra roja

Daniel Viglietti escribió esta nota en París, apenas BRECHA se lo pidió. Por razones ajenas a la voluntad del autor y de este semanario el artículo no llegó a destino. De ahí la demora en su publicación. Ahora acabamos de recibirlo en mano más que segura, la del propio autor, de regreso a Montevideo. A casi tres meses de la muerte de Alfredo Zitarrosa, el texto siguiente es el que Viglietti concibió en pleno golpe emocional por el fallecimiento del compañero. Queda pendiente para un próximo número el abrazo de Daniel a la memoria de Jorge Lazaroff.

De modo que mi vida es nada más que la muestra actual y provisoria de que un individuo nace, crece, tal vez culmina un día, o al menos culmina siempre quién sabe en qué grado de desarrollo, y finalmente se muere. Yo soy un tipo con vocación de futuro, estoy a favor del futuro, estoy a favor de la vida, y en particular me considero muy responsable de haber hecho de mi vida todo aquello que significa proyectarse. Creo que cualquiera que sea el grado de desarrollo que yo he alcanzado, por lo menos algo de mí va a quedar, y con eso, aunque no me conformo, me siento lo bastante justificado como para seguir viviendo el tiempo que me queda. Pienso que me queda poco. Al menos de cantor sé que me queda poco.[1]

Eso me dijo hace diecinueve años Alfredo Zitarrosa, resistiéndose a imaginar todo lo que seguiría creando y creyendo, cantando y construyendo en este Uruguay nuestro tan suyo. La muerte ha llegado temprana, de todos modos y nos arrebata en plena madurez a un cantor insustituible. Me dieron la mala noticia en Alemania, en medio del trabajo para una versión radial de **Memoria del Fuego**, de nuestro común amigo Eduardo Galeano, en cuya casa ambos cantamos para el compañero Tomás Borge. Fue mi último encuentro con Alfredo.

Desde el diecisiete de enero, la ausencia de este inolvidable compañero de camino de más de dos décadas, es como una difícil canción de silencio, y a mi mano le cuesta escribir lo que siento adentro. No tuvimos una relación fácil, es cierto. Pero las diferencias de concepción estética o política nunca nos dividieron ni nos enfrentaron. Quizás él también vivió la curiosa sensación de un dúo imaginario en el que, sin haber nosotros cantado nunca a dos voces, íbamos sumando canciones e ideas sin saberlo, como en comunión de cantos.

—En mi opinión es fundamental que la canción haya logrado, como un medio más de comunicación entre los pueblos, estrechar los vínculos que nos unen desde siempre, bien a pesar de que el nuestro es un continente balcanizado a partir de los intereses imperialistas. Esa me parece la principal virtud de este movimiento de la "nueva canción" en América Latina.[2]

¿De qué murió Alfredo? La pregunta quedó flotándome dentro, aun luego de saber algunos detalles clínicos que me trasmitió por teléfono Numa Moraes desde Holanda.

Dicen algunos que en este país la muerte ya no tiene espada. En todo caso su amarga mano sigue golpeando como si la tuviese. ¿O acaso la angustia de lo que fue y sigue siendo injusto en nuestra tierra o la pena del exilio o la impunidad de los torturadores no son gestos de continuidad de aquella mano destructora? Alfredo, como tantos otros compañeros que hemos perdido en estos tiempos, no se murió solamente de su cuerpo. Todos sabemos que las mitades interiores de mucha de nuestra gente siguen padeciendo secuelas de la tiranía. Difícil es decir que, en medio de todo eso, alguien fallece en paz. No, Alfredo no falleció en paz, falleció en lucha. Y no solamente con los enemigos sino también en ardua y creadora lucha consigo mismo. Le tocó enfrentar dinteles, pretiles, filos y trapecios, y supo hacerlo sin red debajo.

Se nos queda viuda la milonga y el candombe todo aún más negro de luto. Se nos cae una sien de la memoria y sentimos –como bien dijo uno de Los Olimareños– "un pozo en el corazón".

—¿Por qué atardecía, en vez de ser todo el día, día? Las noches eran jodidas, en la oscuridad, en la pieza donde uno de niño estaba solo. Yo no entendía muchas veces cosas... los ruidos...

—¿Y qué había detrás de todo eso?

—¿Detrás de los ruidos?

—No, detrás de todo eso... ese miedo, ¿no?

—Y... suponete..., el viento que hace vibrar una puerta...

—¿Y detrás del viento?

—El borracho que está peleando en una casa con su mujer o con sus hijos o con un enemigo o con un policía..., el pueblo, que no se abastece a sí mismo. El pescador que ese día no vendió la corvina y la corvina se está pudriendo en la cocina... O salió a chupar y se acostó a dormir y ronca, porque además está enfermo. Los ruidos de la noche, cosas inexplicables que para un niño son el monstruo del no saber, el monstruo de lo que muere o de lo que puede matar...[3]

Esa mitad personal en que cada alma es como una huella digital, irrepetible, incopiable, vivió en Alfredo en tenso y fértil contrapunto con su mitad de todos, la colectiva.

La obra que escribió para su personalísima voz se volvió expresión del amor, del dolor y la alegría de un país y de un tiempo marcados por la esperanza, la rebeldía y la resistencia. En su trabajo compositivo se perciben en apretada trama influencias que vienen de la payada, del tango, de los ritmos carnavaleros y de varias de las formas folclóricas nuestras y de las vecinas áreas de Argentina y Brasil. Su pasión por la guitarra dio valiosos frutos en un trabajo de equipo en el que participaron, en el paso del tiempo, algunos de los mejores guitarristas acompañantes del Río de la Plata.

Su talento de letrista abarcó desde la frescura directa de "Milonga para una niña" hasta el canto que se cuenta, como en esa suerte de legado que es "Guitarra negra".

Con su música y su poética abrazó Zitarrosa vivencias de esos dos Uruguay unidos por el pecho: el rural y el urbano. Supo situar su canto y su persona en la gráfica del pueblo, y con él tragó amarguras, injusticias y silencios. Y con él tomó partido y entonó los fuertes adagios con que tuvo que ocupar los espacios de la deseada alegría.

—La revolución es imposible sin el pueblo. Y a partir de ahí, todo cantor que se precie o se jacte o simplemente merezca llamarse popular tiene que estar muy atento a lo que el pueblo nos exige, a lo que la gente está esperando de nosotros. Y hay artistas, como puedo ser yo, que están directamente comprometidos con el pueblo. Soy popular. ¿Por qué? Por casualidad. No tengo ningún mérito aparte del que pueda tener cualquier cantor de boliche, ninguno. Ni siquiera toco la guitarra. Pero estoy muy atento a la gente. Yo siento lo que la gente siente.[4]

En su trayectoria, por ser parte de una cultura militante, la mayoría de los medios masivos de comunicación de nuestro país no lo apoyaron como él merecía. Sí lo apoyó nuestro pueblo, por ejemplo, cuando su retorno al Uruguay, como símbolo del desexilio naciente.

Compartimos tareas en varios eventos durante estos años de **"democradura"** y fui testigo del cariño que le prodigara la gente, ya sea en el Estadio Centenario cuando el acto preelectoral del Frente o en el Festival de La Paz o en un concierto solidario con el pueblo chileno. Todos recordamos su inocultable alegría de estar de nuevo en casa.

—Creo que no nací para vivir fuera de este país. Creo que no sirvo para eso.[5]

Cuando tuvo que vivir fuera, tras un período en España, lo reencontré al borde de su instalación en México, participando en las Jornadas de la cultura uruguaya en el exilio, organizadas por el PCU en ese país. Recuerdo una entrevista-recital que compartimos en Radio **Educación** de México, donde Alfredo habló –entre otros temas– de exilio y creación.

—Los uruguayos provenimos de una cultura muy particular y por lo tanto somos de algún modo representantes de esta cultura en el exterior. Pero además nos venimos enriqueciendo, pienso yo, desde que estamos fuera del país en contacto con otros pueblos y otras culturas, precisamente, y esto es positivo. Además trabajamos de cara a nuestro país, pensando fundamentalmente en nuestra tierra. Al menos en mi caso –será porque hace apenas un año y poco más que estoy fuera del Uruguay– yo todavía vivo en Montevideo. Y eso es lindo también, ¿no? (...) Yo en México terminé tres canciones. Dos de ellas estaban empezadas y la otra la hice acá, es muy curioso. En Europa hace un año ya que estoy en Madrid y no he hecho nada, absolutamente nada, no he podido. Es decir, tengo apuntes e incluso cosas grabadas, pero seguramente de todo eso nada va a quedar. Es muy extraño. Ya el solo hecho de bajarse en tierra americana, de un avión o de lo que sea, ya te sientes en tu tierra. Es muy curioso, a mí no me había sucedido antes. Aunque he viajado, por cierto, por países americanos, pero viviendo en Uruguay era otra la óptica, te cambia, es como mirar el mundo del lado de atrás. Algo así.[6]

El autor de la "Milonga-pájaro" no sólo cantó sino que empuñó la pluma como poeta, como periodista desde los tiempos del semanario **Marcha**, y como cuentista en trabajos de reciente publicación en nuestro medio. Con su experiencia de locutor, el hombre de radio que hubo en Zitarrosa supo realizar programas durante su período de vida en México. Años antes, en Montevideo, el programa televisivo "Generación 55" fue un ejemplo, como lo fue su actividad en su local La Claraboya Amarilla, de las múltiples capacidades del Alfredo, quien desarrolló en esa suma, complementaria del cantor, si cabe, el oficio de un productor cultural.

—Siempre dará cantores el pueblo..., siempre dará médicos..., siempre dará jóvenes...[7]

Eso me dijo en México este cantor, sin imaginar que hoy y en nuestra tierra esas palabras tendrían toda nuestra pena alrededor.

El cantor deja un vacío. Como ocurre con los auténticos creadores, es un vacío que genera fuerza de atracción, es una ausencia que reclama que otras voces y otras manos muestren que el Uruguay canta cada vez mejor. Y que en él, como una guitarra roja, sigue cantando **El Flaco** Zitarrosa. ●

Notas

1. "Zitarrosa de verdad", por Daniel Viglietti. Semanario **Marcha**, 3 de diciembre de 1971.
2. Entrevista a Alfredo Zitarrosa por Mario Díaz Mercado. **Radio Educación**, México, 27 de agosto de 1977.
3. "Zitarrosa de verdad", art. cit.
4. Idem.
5. Idem.
6. Idem.
7. Entrevista a Zitarrosa, prog. cit.